XI

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes
Del ínclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras glorias esplendentes
Al aire tremolada la bandera.
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel dia,
Que extendió la agarena monarquía.

XII

«Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena.»

XIII

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salon se extiende
Y ante él se postra el séquito humildoso.
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador medroso

Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina.

. . . . . .

. . . . . .

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION DE UN SERALLO.

. . . . . .

I

De mágicos jardines rodeado,
Se alza un rico salon, donde descansa
El moro rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa
Plácido canto que deleite inspira
Al son de blanda, regalada lira.

II

Allí cercado del amable coro
Que el de las houris célicas no iguala,

Quemada en pipa de ámbar y de oro,
Planta aromosa el gusto le regala;
Y miéntra en hombros de su amada el moro
La sien reclina, de su lábio exhala
Humo süave, que en fragante nube
En leves hondas á perderse sube.

III

Cien lámparas de plata el opulento
Soberbio harem con su esplendor encienden,
Y, en partes horadado el pavimento,
Aromas mil á derramarse ascienden:
Las luces multiplica ciento á ciento
El oro y alabastro en que resplenden,
Y de cristal y azogue relucientes
En jaspe bullen imitadas fuentes.

IV

Lánguida acaso mora peregrina
En blando lecho de damasco y flores
Allí voluptüosa se reclina,
Y en sus ojos amor prende de amores;
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabellera riza,
Que por la airosa espalda se desliza.

V

Otra de silfas mil tropa lasciva
Con diademas de oro y de esmeralda

Saltando en danzas ágiles, festiva
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda;
Y deshaciendo el lazo fugitiva,
Desnudo el pecho y la gallarda espalda
La leve seda al movimiento vuela
Y sus formas bellísimas revela.

VI

El ojo en vano penetrar desea
La en torno casi trasparente gasa,
Y aunque nada tal vez entre ella vea,
Rápido el pensamiento la traspasa;
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,
Al son süave de las arpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

VII

Sonrie acaso y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo;
A grata calma y á placer convida
Y á deleite suavísimo el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia.

. . . . . .
. . . . . .

CUADRO DEL HAMBRE.

VIII

. . . . . .

Mas todo en vano fué: bárbaro estrago
Miéntras el hambre en la ciudad hacia;
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía:
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante que en su amor confia,
Seco el pecho encontrando: ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él retira.

IX

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quién con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ellas se alimente y beba.

X

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperacion: triste suspira

Y eleva aquel las manos suplicantes;
Cuál mordiendo en sí mismo en ansia espira,
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrujiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

XI

Pálido, y flaco, y lánguido con lento
Paso camina el moribundo hispano;
Sobre su lanza carga el malicento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;
Los ojos con horror, sin movimiento,
Avidos fija sobre el muerto hermano,
Y hambriento goza y lo devora, en donde
Avaro cree que á los demas se esconde.

XII

Las calles en silencio sepultadas
Solo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos:
Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cuál como grato pasto los devora.

XIII

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía

Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdeñaron algun dia:
Ora las aves de rapiña ahuyenta
Avido el moribundo en su agonía
Disputando el festin, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

XIV

Cuál al lanzar el postrimer aliento,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja
Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja:
Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corva garra en sangre, aleteando,
Va con su pico el pecho barrenando.

XV

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Miéntras tenaz el buitre devorante
Ahonda el pico con mayor porfía;
Mas el hombre le aprieta á cada instante;
El ave mas profundizar ansía,
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.

. . . . . .

. . . . . .

FRAGMENTO SEXTO.

I

Era la noche: el trueno pavoroso
Ronco estallando en torno retumbaba,
Y en mar inmenso el cielo tenebroso
Con violento turbion se desgajaba:
El rápido relámpago lumbroso
Al aire desprendido serpeaba,
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría,
Del orbe la honda base estremecia.

II

Todo era horror, y en la comun tristeza
Unico asilo el templo sacrosanto;
El muro abandonaba en su flaqueza
El guerrero español bañado en llanto;
El tardo incierto paso allí endereza
Inmensa turba con horror y espanto,
Y ante la imágen de Jesus postrados,
No osan alzar sus ojos aterrados.

III

Léjos de todos solitario gime,
Cerrado en una lóbrega capilla,

Y negra pena el corazon le oprime,
El noble jefe de la gran Sevilla;
Ya no alienta su ejército; no esgrime
Ya triunfador la intrépida cuchilla,
Que embebecido en su pensar doliente
Apénas mis cercanos pasos siente.

IV

Yelmo y escudo aparte descuidados,
El anciano á sus piés tendidos tiene,
Y los ojos de lágrimas cargados,
Su diestra el rostro lánguido sostiene;
Sus exánimes miembros fatigados
Contra un altar inmóviles mantiene,
Y tan solo los ojos á mi acento
Tornó hácia mí con leve movimiento.

V

«Noble anciano, exclamé, dura es la muerte
Cuando se acerca inevitable y lenta,
Y no sirve el valor contra la suerte,
Y ántes mas bien el infortunio aumenta.
Mas ¿quien resistirá si un pecho fuerte.
Como es el tuyo, desmayado alienta?»
Dije, y en tanto el mísero gemia,
Y con endeble voz me respondia.

VI

«Triste en verdad estoy: mas ¡ay! no es leve
La causa de mis lágrimas: ¡dichoso

Tú mil veces, oh jóven, que acto breve
Será tu padecer y harto glorioso,
Por mas que en tí con ímpetu se cebe
La cólera del hado rigoroso!
Tú no conoces mi dolor ¡ay triste!
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.

VII

«Mísero y solo en tanta desventura,
Su dulcísima voz no oiré espirando,
Ni con trémula mano en su tristura
Me cerrará los párpados llorando;
Inútil viejo, de la muerte dura
En mi amargo dolor el golpe ansiando,
Solo y en bien de mi ciudad confio,
¡Oh gran Pelayo! en tu prudencia y brio.»

VIII

Mi corazon de lástima llagado,
Mi rostro algunas lágrimas cubrieron,
El noble anciano al ver acongojado,
Que tantas lides animoso vieron:
Su grave rostro del dolor marcado
Do á par las penas que la edad pusieron
La mano que su frente encanecia,
Pálido aun con majestad lucia.

IX

»Tendis, le dije, el ánimo sustenta:
Alzate y viste la luciente malla,

Y el último respiro que te alienta
Esfuércese á la voz de la batalla.»
«¡Oh jóven! respondió: díme, ¿qué intenta
Tu inextinguible ardor? ¿qué medios halla
De salvacion tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigo:
Tu voz me reanimó; parto contigo.»

X

Y esforzándose el héroe á levantarse
Sostenido de mí marchó tardío,
Y en sus lánguidos ojos inflamarse
Se vió la llama de su antiguo brío:
Como suelen de lumbre colorarse
Las nubes de tormenta en el estío,
El fuego que su espíritu animaba,
En su pálido rostro reflejaba.

. . . . . .

. . . . . .

XI

Entre tanto en el templo amontonados
Hombres, mujeres, niños se veian,
Y flaco el rostro pálido, aterrados,
Espantosos espectros parecian:
A la luz de los rayos apagados
De las ondeantes lámparas lucian:
A par del trueno el huracan bramaba,
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

XII

Los dos entónces tristes contemplando
Aquellos fuertes, míseros varones,
El llanto de mis ojos enjugando
Por alentar sus fuertes corazones;
«¡Noble esperanza del cristiano bando,
Exclamé, generosos campeones!
Alzad el pecho á contrastar la suerte:
Muramos, sí, pero con digna muerte.

XXII

«Si es fuerza perecer como valientes,
Perezcamos al pié del patrio muro:
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes;
La paz, la sumision, nada hay seguro;
Ora mandan los hados inclementes
Morir. ¿Preferiréis al trance duro,
Que á cierta gloria y á venganza guia,
Tan dilatada y mísera agonía?»

XIV

Dije, y aquellos héroes á mi acento
El yerto fuego renacer sentian,
Que aun no apagado el generoso aliento
Ni el entusiasmo bélico tenian:
Todos al punto luego en movimiento
Mi voz en derredor solo atendian.
«Guiad, dijeron; á morir marchemos:
Ansia de perecer todos tenemos.»

XV

«Alto, dije, á la lid: la noche oscura
Protege ¡oh bravos! el intento mio:
O de una vez muramos con bravura,
O camino nos abra nuestro brio;
Tal vez nuestro valor logre ventura,
Tal vez venganza del alarbe impío.»
Dije, y al punto un escuadron formaron
Y en medio á los inermes encerraron.

XVI

Con tardo paso, con silencio y calma
A la luz del relámpago partimos,
Llena de angustia y de zozobra el alma,
Y el ánimo á la muerte apercibimos.
Del martirio á alcanzar la ilustre palma
A campo abierto impávidos salimos:
En torno todo de tinieblas lleno,
Rugen tan solo el huracan y el trueno.

XVII

Entre las densas sombras temerosos
En cieno y agua hundidos avanzamos,
Y con ansia y fatiga, cuidadosos
Cerca del campo musulman llegamos:
Dóblase la zozobra, y silenciosos
Ante sus tiendas lóbregas paramos;

Prestas las armas, próximo el combate,
De miedo el pecho y de esperanza late.
. . . . . .

XVIII

Mas á su voz por otra repetida,
Pronta su hueste se presenta armada,
Y con bárbaro ardor y arremetida
Fulmínase á nosotros agolpada:
En las cristianas lanzas recibida
Fué su improvisa cólera estallada.
Torna al asalto y dobla la pelea:
El tercio ibero resistiendo ondea.

XIX

Sigue el rumor, la confusion se aumenta;
Cuál hunde en las entrañas del amigo,
Que apartado de él lidiando cuenta,
El arma destinada al enemigo;
Este, sin descargar el golpe intenta,
Por alto precipicio da consigo;
Tal piensa allí que á su escuadron se junta,
Y halla en el pecho la improvista punta.

XX

Cuál allí solo contra mil pelea,
Y al frente y al redor hiere y maltrata;
Y en tanto que la maza aquel rodea,
Otro le oprime el brazo y la arrebata,

Ya un escuadron cejando titubea,
Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:
Ora cedemos ya; ya paso abrimos;
Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.
....
.....

POESÍAS LÍRICAS.

SERENATA.

Deño á las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores:

Raya la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena
Por las flores.

Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,

Le dice Delio á su hermosa
En cantinela amorosa:
«Yo te adoro.»

En el regazo adormida
Del blando sueño, presentes
Mil delicias,

En tu ilusion embebida,
Feliz te finges, y sientes
Mis caricias.